

A través del espejo

Un problema: la Bella Durmiente

Hugo Hiriart

Se hiera la bella princesita con la punta de una aguja y al instante todo se congela en el palacio. Todo cesa y no hay ningún movimiento. El tiempo sigue transcurriendo, pero ninguno de los seres ahí congelados lo advierte. Pasan cincuenta años y...

Pero detengámonos. ¿Puede suceder que el tiempo pase donde no hay ningún movimiento? ¿No será incoherente hablar de un tiempo independiente de todo movimiento? Examinemos la cuestión.

“El número del movimiento según antes y después” es la famosa definición de tiempo de Aristóteles. Es decir, entiende el tiempo como medida de los cambios (o movimientos, hagámoslos sinónimos en este caso). Como vemos, pone al tiempo en función del movimiento.

La pregunta entonces es: ¿puede entenderse el tiempo con independencia del movimiento? ¿Tiene el tiempo alguna forma de existencia independiente de los sucesos que lo ocupan? ¿O si nada cambia, simple y llanamente, tampoco hay tiempo?

La pregunta debe trabajarse un poco. No puede haber tiempo sin cambio porque, sin cambio, no habría ninguna evidencia de que el tiempo transcurre. Sin evidencia quiere decir que no podemos saber no sólo si pasó mucho o poco tiempo, sino siquiera si pasó o no. No podemos decir nada ni saber nada de eso. La noción de un tiempo sin cambio sería, entonces, gratuita e incoherente.

Te digo: en el segundo que acaba de pasar, nos congelamos y no pasó un segundo, sino más tiempo, cincuenta años. Pero como sucedió en todo el universo, nadie lo notó. ¿Sí? ¿Y qué evidencia hay de que eso pasó? ¿Cómo sabemos que pasaron exactamente cincuenta años? El punto es que si no puede haber ninguna evidencia, da lo mismo si sucedió o no. La idea no puede

ser desmentida ni comprobada porque no nos está dando ninguna información.

Es como si te dijera: súbitamente todo se ha hecho el doble de grande, pero, como todo creció al mismo tiempo y no hay nada con qué comparar, no lo notamos. Así, esta noción de crecimiento, o la de un tiempo sin cambio, es, en principio, inobservable y, otra vez, por principio, no podemos tener la menor idea de qué pueda ser eso, luego es incoherente.

Lo mismo puede decirse del espacio. Leibniz sostuvo con energía que el espacio no tiene existencia sobre o por debajo de las cosas que la ocupan. La idea de un espacio donde no hay nada, donde nada está cerca, lejos, a la mitad, es para él incoherente.

Pero, claro, no hay paz perpetua entre los filósofos acerca de esto. Muchos no están de acuerdo con esta concepción. Para Newton, nada menos, el tiempo tiene existencia independiente de los cambios, y el espacio la tiene de las cosas que lo ocupan. A esto se le llama tiempo “absoluto” y quiere decir que las cosas que suceden —por ejemplo, “tu séptimo cumpleaños”— no existieron sólo antes o después de esto o lo otro (es decir, relacionamente), sino ocupan una región que existiría en el tiempo —aunque no fuera, siguiendo el ejemplo, tu cumpleaños—. Para esta concepción no hay ninguna dificultad en admitir que puede haber periodos de tiempo “vacíos”, en los que nada se mueve o cambia, pero el tiempo transcurre.

Todas las explicaciones de la teoría de la relatividad para legos (como el que esto es) empiezan hablando del espacio y tiempo absolutos de Newton: “parecía lógico —escribe entre nosotros Shahen Hacyan—, que independientemente de las fórmulas matemáticas que describen el universo, exis-



Lord Frederic Leighton, *Sol ardiente de junio*, 1895

ta una manera única de medir el tiempo, algo así como un reloj cósmico... acaso el reloj de Dios”.

Leibniz se burla de la concepción diciendo que una de sus consecuencias es que Dios pudo haber creado el mundo una hora antes del momento en que lo hizo, lo que le parecía absurdo.

San Agustín respondió a las burlas que los paganos hacían de la idea de una creación del mundo (“¿qué andaba haciendo Dios antes de crear al mundo?”), alegando que antes de la Creación el tiempo no existía. Dios, que no está en el tiempo, creó el tiempo al crear el mundo. Así, dando un ligero toque al Génesis podríamos escribir: “En el principio creó Dios el tiempo y el espacio...”.

Y San Buenaventura tiene un argumento para probar que el mundo tuvo un principio. Corre así: en este instante estoy escribiendo esta página, antes de este instante, hubo otro, y antes, otro. Si la serie de instantes siguiera hasta el infinito, este instante en que escribo no habría llegado aún. Es cierto que estoy escribiendo esta página, luego, la serie de instantes anteriores no puede seguir al infinito. Por lo tanto, el mundo tuvo un principio.

Según el argumento de San Buenaventura, el tiempo es absoluto, no relativo, como vimos al principio, y la Bella Durmiente puede seguir tranquila en su sueño incoherente. ¿Tú qué dirías? **U**